

Título del original en inglés:
Re-Autoring Lives. Interviews & Essays
© 1995 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Verónica Tírotta

Primera edición: enero del 2002, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-847-0
Depósito legal: B. 2783-2002

Preimpresión: Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª
Tel. 93 457 50 65
08013 Barcelona

Impreso por:
Carvigraf
Cot, 31, Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Introducción	9
--------------------	---

ENTREVISTAS

1. La perspectiva narrativa en la terapia	15
2. Los aspectos políticos de la terapia	47
3. Por fuera del conocimiento experto	65
4. Nombrar el abuso y liberarse de sus efectos	87
5. Experiencia psicótica y discurso	117
6. Una conversación sobre la responsabilidad	159

ENSAYOS

7. El trabajo con el equipo de reflexión como ceremonia de definición	175
8. Nuevas consideraciones sobre los documentos terapéuticos	201
9. El comportamiento y sus determinantes o la acción y su sentido: sistemas y metáforas narrativas	215

están convirtiéndose en «autoridades» de sus propias vidas. Luego se puede iniciar una conversación acerca de lo que esto podría significar para su capacidad de influir sobre la conformación de sus vidas. Y después se indagará lo que eso podría indicar con respecto a las posibilidades para pasos futuros.

- c) Si la revisión de los eventos no concuerda con las predicciones de las personas, el terapeuta puede iniciar una investigación para determinar si en los documentos faltan informaciones vitales; además, puede volver junto con las personas que lo consultan sobre los puntos 1, 2 y 3 de la lista de control, prestando más atención a los detalles. Al hacerlo, podrán revisarse los documentos terapéuticos y el contexto de recepción, de modo de hacer más probable que en ocasiones futuras se produzcan los efectos deseados.

Conclusión

Las prácticas terapéuticas de la palabra escrita que aquí describo no demandan demasiado tiempo y tampoco requieren especiales destrezas de redacción por parte del terapeuta. No obstante, pueden significar una importante contribución al trabajo terapéutico. Yo quiero alentar a los lectores a explorar la construcción de documentos de este tipo junto con las personas que los consultan, y a remitirse a la lista de control al preparar un contexto de recepción para esos documentos. No tengo la menor duda de que todas las partes involucradas en la interacción terapéutica verán ampliamente recompensados sus esfuerzos.

9

El comportamiento y sus determinantes o la acción y su sentido: sistemas y metáforas narrativas

La metáfora narrativa suele ser asociada a otras metáforas que son utilizadas corrientemente en la literatura y la práctica de la terapia familiar: específicamente, las metáforas del sistema y el patrón. Muy frecuentemente se supone que la metáfora narrativa puede superponerse a estas otras metáforas, y a menudo se la fusiona con ellas. Puesto que las metáforas del sistema y el patrón, por un lado, y la metáfora de la narrativa, por el otro, se sitúan en tradiciones de pensamiento distintas y diferentes, esta superposición y combinación de metáforas disímiles sencillamente no funciona y, en mi opinión, indica una falta de conciencia de las premisas básicas y las muy diferentes consecuencias políticas que están asociadas a estas metáforas diferentes.

Permítaseme en primer lugar reseñar algunas implicaciones importantes de las metáforas del sistema y el patrón:

1. Cuando decimos que el comportamiento es funcional, que está regido por reglas, que sirve a objetivos vinculados con el mantenimiento del equilibrio u homeostasis, o lo que fuere, y que el comportamiento se ajusta a patrones, estamos participando de la práctica tradicional e institucionalizada de vincular el comportamiento con sus determinantes.

2. Puesto que la metáfora del sistema se relaciona con teorías del equilibrio, del mantenimiento del orden, de la estabilidad, etcétera, y puesto que la metáfora del patrón se relaciona con teorías de la regularidad y la redundancia, ambas metáforas construyen una realidad atemporal. La metáfora del sistema introduce la idea de que existen entidades relativamente independientes llamadas sistemas que se mantienen por fuera del tiempo, o sobreviven al margen de los estragos del tiempo. Y puesto que el criterio para verificar un patrón es la identificación de una redundancia a lo largo del tiempo, la inmunidad o invulnerabilidad a los efectos del tiempo está implícita en su misma definición.

3. Las metáforas de sistema y patrón alientan a los terapeutas a suponer la objetividad y adoptar un vocabulario formal que pone de relieve una postura de espectador imparcial.

No obstante, cuando desafiamos la práctica tradicional de vincular el comportamiento con sus determinantes, cuando la «explicación llega a considerarse una cuestión de vincular la acción con su significado en lugar del comportamiento con sus determinantes», las metáforas del sistema y del patrón no «prosperan»: se evaporan. Estoy utilizando aquí las palabras del antropólogo Clifford Geertz, y quizá debiera reproducir completa su celebrada cita sobre el tema de la refiguración de la teoría social:

... un desafío está poniendo en entredicho algunas de las suposiciones centrales de la corriente principal de la ciencia social. La estricta separación de teoría y datos, esto es, la idea del «hecho bruto»: el esfuerzo para crear un vocabulario formal de análisis depurado de toda referencia subjetiva, es decir, la idea del «lenguaje ideal»; la exigencia de neutralidad moral y la actitud olímpica, a saber, la idea de la «verdad de Dios», ninguna de estas suposiciones puede prosperar cuando se considera que una explicación consiste en conectar la acción a su significado en lugar del comportamiento a sus determinantes. Si logra afianzarse, la refiguración de la teoría social representará un cambio radical en nuestra concepción, no tanto de lo que es el conocimiento, sino de lo que queremos conocer. (1983, pág. 34)

Y cuando se considera que explicar consiste en conectar la acción a su significado, ingresamos al mundo de la interpretación y al mun-

do de la narrativa. Compararé ahora algunas de las implicaciones de las metáforas del sistema y el patrón con algunas de las implicaciones de la metáfora de la narrativa:

1. Cuando nos liberamos de la idea tradicional de conectar el comportamiento a sus determinantes por vía de la construcción de sistemas formales de análisis que comprueban que lo que efectivamente sucedió es lo que tenía que suceder y, en cambio, comenzamos a explorar la conexión de la acción con su sentido o significado, volcamos nuestra atención a los procesos de interpretación; al modo en que las personas dan sentido a su experiencia y al modo en que dotan de significado a sus experiencias de vida. Y cuando esto sucede, nos encontramos ingresando al territorio de la narrativa, puesto que cuando las personas producen sentido, narran historias sobre sus vidas y las vidas de los demás.

Cuando conectamos la acción a su sentido ingresamos a lo que yo denominaría una perspectiva más constitucionalista sobre la vida. Atendemos a la manera en que las personas participan activamente en la invención de sus vidas mientras transitan los procesos de atribución de significado a su experiencia, al modo en que las personas modelan y re-modelan sus vidas mientras narran o re-narran, o mientras representan o vuelven a representar los relatos de sus vidas, mientras visualizan o re-visualizan las descripciones de su historia y de su futuro.

Cuando conectamos la acción a su sentido, estamos resucitando y exaltando el factor de la conciencia en la explicación de los actos y eventos de las vidas de las personas. Somos alentados a dar prioridad a las ideas de las personas acerca de lo que están haciendo y por qué lo están haciendo, sus opiniones acerca del modo en que las cosas llegaron a ser como son, etcétera. En nuestros esfuerzos por comprender las vidas de los otros, nos encontramos prestando atención a sus interpretaciones de sus acciones desde el punto de vista de determinadas descripciones de deseos, caprichos, intenciones, propósitos, motivos, ambiciones, metas, planes, compromisos, fantasías, etcétera.

Cuando conectamos la acción con su sentido, nos liberamos de las descripciones de la vida unitarias recibidas y, en este proceso, se hacen explícitos los aspectos políticos de las relaciones.

Las experiencias de la vida cotidiana, las situaciones que brindan el contexto para dichas experiencias, la multiplicidad de las interpretaciones de todo esto, la mayoría de las cuales están informadas por determinadas visualizaciones o re-visualizaciones de la historia: es esto lo que se convierte en el foco de nuestra atención. Y al atender todo esto, y los efectos reales o consecuencias de estas interpretaciones de la experiencia, percibimos que la condición de la vida es la contradicción: no el orden ni el equilibrio.¹ Y cuando discernimos la contradicción como condición de la vida, pasa a un primer plano la política de la desigualdad y la marginación, de la opresión y el sometimiento, de la dominación y la sumisión, de la explotación y la resistencia. Las luchas por cuestiones de género, clase, raza, etnicidad, edad y orientación sexual exigen reconocimiento.

2. En lugar de construir una realidad atemporal siguiendo la tradición de las metáforas del sistema y el patrón, el tiempo es aquí esencial; tiempo y narración son inseparables. Cito a Paul Ricoeur sobre este tema:

... el tiempo se torna tiempo humano en tanto está organizado a modo de una narrativa: la narrativa, a su vez, es significativa en tanto describe la índole temporal de la experiencia. (1984, pág. 3)

Puesto que los relatos están constituidos por acontecimientos que están ligados en secuencias particulares en el curso del tiempo y según una trama, la narrativa describe a las personas viviendo sus vidas en el transcurso del tiempo: introduce lo que se conoce como perspectiva procesual. En la narrativa se encarna esta percepción de que nuestra vida se desenvuelve en el tiempo. En lugar de contribuir a la ilusión de atemporalidad por medio de la construcción de descripciones de la vida atemporales, que ponen de relieve la estabilidad y el equilibrio, la narrativa destaca la naturaleza cambiante de la vida en tanto vivida, y abre el espacio para la apreciación del modo en que las personas tramitan las diversas contingencias, incertidumbres e irregularidades de la vida.

1. Es este un punto bien establecido por Renato Rosaldo en *Culture & Truth: The Remaking of Social Analysis* (1993).

3. En lugar de utilizar esas metáforas que alientan a los terapeutas a suponer la objetividad y a adoptar un vocabulario formal que pone de relieve una postura de espectador imparcial para el terapeuta, la metáfora narrativa destaca la índole constitutiva de todas las interacciones, esto es, que las interacciones moldean nuestras vidas. Esto nos disuade de seguir abrigando la ilusión de neutralidad y proponiendo para nosotros mismos un status de espectador inocente.

Los vocabularios formales a los que me refiero actúan como una panacea para las preocupaciones de los terapeutas. Puesto que sirven para oscurecer a la mirada de los terapeutas la medida en que los problemas que las personas llevan a terapia están imbricados en políticas de relación, en prácticas de poder y en estructuras de dominación, conllevan algún grado de alivio para los mismos. Al posibilitarnos definir determinados problemas como una aberración en lugar de como un producto de nuestros modos de vida y de pensamiento, nos permiten evitar hacer frente a nuestra complicidad en el mantenimiento de aquellos aspectos de estos estilos de vida y pensamiento que son constitutivos de los mismos problemas que las personas traen a terapia.

Tomemos por ejemplo la terapia de los hombres que cometen abuso. Considerar este abuso como un fenómeno sistémico me permitiría, como hombre, oscurecer el vínculo entre la violencia de estos hombres y las maneras dominantes de ser y pensar masculinas en nuestra cultura que valorizan la agresión, la dominación y la conquista. Me permitiría, en tanto integrante de la clase de los hombres, evitar asumir la responsabilidad que tengo de actuar para contribuir al desmantelamiento de los privilegios de los hombres que perpetúan la desigualdad de oportunidades, a la desestabilización de las estructuras de opresión, y a la impugnación de diversas prácticas de poder que marginan y subyugan a otros. Y me permitiría continuar dejando en manos de las personas que se encuentran en las posiciones de menor poder plantear los problemas de la descalificación, la discriminación, etcétera, y actuar para ponerles fin.

Por el contrario, al apartarnos de estos sistemas formales de análisis, nos vemos alentados a reconocer nuestra complicidad en la construcción de los mundos que compartimos con otros y a asumir la responsabilidad ética y moral por los efectos reales o

consecuencias de nuestras interacciones con las personas que solicitan nuestra ayuda. Y, al liberarnos del supuesto de objetividad y de la ilusión de neutralidad, la metáfora narrativa nos alienta a situarnos, haciendo transparente nuestra ubicación en los mundos del género, la raza, la clase social, la etnicidad, la orientación sexual, etcétera. En el proceso de cuestionar la noción de «observador imparcial», nos enfrentamos con la exigencia de situarnos en nuestros mundos, con la exigencia de hacernos culturalmente visibles.

Esto puede verse facilitado por diversos medios: solicitándoles a las personas que nos consultan que nos den sus interpretaciones acerca de nuestras interacciones terapéuticas; abriendo el espacio para que estas personas reflexionen sobre los procesos de terapia y sobre su experiencia de nuestra persona y de nuestra conducta, etcétera.

Convertirnos en terapeutas situados nos hace más culturalmente visibles, nos hace avanzar en el sentido de reconocer y dismantelar las jerarquías de poder que caracterizan la interacción terapéutica. Renato Rosaldo, al considerar el mito de la imparcialidad y el distanciamiento que fomentan los profesionales de clase media y media alta, señala que la invisibilidad de la cultura y pertenencia étnica de los mismos, yuxtapuesta a la visibilidad de la cultura y etnicidad del «otro», disimula su posición de clase dominante y asegura su «monopolio tácito de poder».

Rosaldo asocia este mito de imparcialidad o distanciamiento con la posición objetivista y la contrasta con una posición más culturalmente visible:

Los objetivistas ... prefieren ponerse por encima de las luchas, adoptar una posición de omnisciencia y trabajar en el terreno «impoluto» de la imparcialidad y la neutralidad ética. Para mí, las actitudes encarnadas en su «ponerse por encima» fluctúan entre la condescendencia leve, la vigilancia activa y la dominación brutal; para ellos, su posición es imparcial y su distancia está al servicio de la objetividad. Para mí, raramente uno estudia la cultura desde una posición neutral, de modo que los analistas deberían ser tan explícitos como pudieran en cuanto a cuestiones de toma de partido, intereses y sentimientos; para ellos, la actividad académica consiste en la investigación desinteresada al servicio de la verdad y el conocimiento. (1992, pág. 221)

Conclusión

Ha sido mi intención aquí cuestionar la prevaleciente confusión de importantes distinciones en torno a las metáforas que se usan comúnmente en la literatura y la práctica de la terapia familiar. Para lograrlo, he contrastado algunas de las implicaciones de las metáforas de sistema y de patrón con algunas de las implicaciones de la metáfora de la narrativa. Estas metáforas se sitúan en tradiciones de pensamiento muy diferentes y tienen consecuencias políticas completamente disímiles en cuanto a la interacción terapéutica.

Contrariamente a la opinión más establecida, creo que los intentos de fusionar estas metáforas, de maneras que oscurecen estas distinciones, en realidad limitan las posibilidades de pensamiento y opciones para la acción en el contexto terapéutico. Y, asimismo, hace virtualmente imposible que los terapeutas identifiquen y enfrenten algunas de las cuestiones más significativas referidas a su trabajo y comiencen a abordarlas.

Referencias bibliográficas

- Geertz, C. 1983. *Local knowledge: Further essays in interpretive anthropology*. Nueva York, Basic Books. [Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas, Barcelona, Paidós, 1994.]
- Ricoeur, P. 1984. *Time and narrative*. Chicago, University of Chicago Press. [Tiempo y narración, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987.]
- Rosaldo, R. 1993. *Culture and truth: The remaking of social analysis*. Boston, Beacon Press.